

SAN AGUSTIN

**EL EVANGELIO
DE SAN JUAN**

VOLUMEN I

Introducción, notas y traducción por los PP.

Juan Leal S. I. y Bartolome M.^a Bejaranos I.

Serie
Los Santos Padres
N.^o 38

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-1456-1990

I.S.B.N.: Tomo 2 - 84-7770-197-2

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

INTRODUCCION

El título que ponen los códices antiguos al Comentario de S. Agustín sobre el Cuarto Evangelio es el de *tratados, homilías o sermones*. El santo usa generalmente la palabra *sermón*¹. La palabra *homilía* la considera como griega que responde a la latina *tratado*². La palabra *sermón u homilía* es la que mejor caracteriza la naturaleza de estos tratados. No son un comentario en el sentido moderno de la palabra, sino charlas o conversaciones religiosas de carácter dogmático, moral o ascético a base del Evangelio de S. Juan. Entre el orador y los oyentes había gran comunicación y familiaridad. Véase, por ejemplo, el comienzo del tratado VI: *Fateor Sancti tati vestrae, timueron ne frigus hoc frigidos vos ad conveniendum faceret: sed quia ista celebritate et frequentia vestra spiritu, vos fervere demonstratis, non dubito quin etiam orastis pro me, ut debitum vobis exsolvam.*

El hecho, que atestigua el mismo Santo, de subir al púlpito con el Evangelio en las manos, revela el mismo carácter familiar de los sermones. *De sancto Evangelio secundum Joannem, quod gesare non viretis in manibus, iam multa audivit Charitas vestra*³.

Nadie, pues, tome estas explicaciones, creyendo que va a encontrar en ellas un comentario, de sentido crítico y literal, como los modernos. Nada de esto. Va a leer las conversaciones que tuvo S. Agustín con sus fieles de Hipona sobre el Evangelio de San Juan, aplicado a las necesidades espirituales de entonces. El texto sagrado le da pie para explicar muchas verdades dogmáticas, ascéticas y morales que necesitaban de aclaración y exhortación.

Aunque S. Agustín en calidad de intérprete quiere, ante todo, que se fije el sentido de las palabras sagradas⁴, en el comentario a S. Juan, lo mismo que en el de los salmos, prescinde bastante de él, para navegar en alas de su piedad e ingenio por los mares de la interpretación mística y alegórica. Véase, por ejemplo, la explicación que da en el tratado VI, 2, de por qué el Espíritu Santo quiso presentarse en forma de paloma. En el tratado IX, sobre las bodas de Caná, aunque

no explique el sentido literal del texto, enseña al pueblo con mucha insistencia el misterio de la Santísima Trinidad, la vocación universal de todas las gentes al Cristianismo, la reprobación de los judíos por su soberbia y la misma virginidad de María, que ve significada en la piedra desprendida del monte sin mano de hombre. El fin principal del Santo en estos sermones mira, ante todo, a declarar los misterios de nuestra religión y los fundamentos de la moral y vida cristiana.

Las herejías de su tiempo ocupan en las aplicaciones un lugar preeminente. Contra los arrianos se sirve especialmente del Prólogo de S. Juan; contra los donatistas habla muchas veces, pero especialmente en el tratado V, con ocasión del bautismo del Señor.

La originalidad y profundidad del pensamiento de San Agustín resalta en todas sus obras. Pero es cierto que el Evangelio de S. Juan le dio campo amplísimo donde lucir sus cualidades de pensador y de orador. Abundancia de doctrina, esplendor de ideas, agudeza de interpretación, vigor de raciocinio, arte, retórica, fervor, celo y piedad.

Casiodoro escribía en el siglo V: *Ioannem beatus Augustinus copiosa et insigne expositione lucidavit*⁵. El P. Hurter completaba en 1884 el elogio con una frase, diciendo que el lector, *doctior semper factus reponet librum e manibus*⁶.

B. Altaner escribe así en su recientísima Patrología: *Hano valore particolarismo i 124 tractatus in Ioannis Evangelium*⁷.

R. Cornely, en el vol. III de su introducción, resume así el juicio sobre el comentario de S. Agustín, que hacemos nuestro: *Eius demum in Ioannem tractatus centum viginti quator, quamvis instum commentarium non constituant atque dogmatici potius et ascetici, quam exegetici sint, nullo modo interpreti quarti Evangelii licet omittere*⁸.

Si el intérprete moderno y crítico del Cuarto Evangelio no puede prescindir del Comentario de San Agustín, a juicio del P. Cornely, menos podrá prescindir el orador sagrado, ya que el carácter principal de este comentario es dogmático, ascético y moral. S. Agustín es modelo de oradores cristianos en fondo y forma. Y ambas cosas sobresalen en estos tratados. El retórico de Milán se descubre en todos los sermones. La teología más subida y abstracta sabe siempre presentarla con brillantez y claridad suficiente. No se encuentran aquí los sermones modernos hechos, pero sí se encuentran los gérmenes o semillas de pensamientos profundos y originales, que echadas en la tierra del propio corazón y al calor también del propio entusiasmo y fervor, pueden germinar y desarrollarse hasta hacerse árboles majestuosos, sermones de actualidad viva y fruto eterno.

A través de la lectura de estos tratados, se ve cual fue su fuente principal. Con mucha frecuencia habla de lo que el Señor le comunica y pide también a sus oyentes que oren por él, para que el Espíritu Santo lo ilumine y le inspire lo que debe predicar⁹.

¿Predicó S. Agustín todos estos sermones? Las investigaciones de los críticos modernos nos permiten hoy precisar y distinguir. D. Huyben probó en *Miscellanea Augustiana* el 1930¹⁰ que los 70 sermones que corresponden a los nueve últimos capítulos (Trat., 55-124) no los predicó nunca el Santo, sino que los dictó. Dos razones fundamentales hay en favor de esta afirmación. La primera se funda en la división doble que hacen los códices antiguos. Los 124 tratados están siempre divididos en dos partes: la primera abarca hasta el tratado 54 inclusive, y la segunda, del 55-124. D. de Bruyne cree que esta división remonta al mismo S. Agustín y halla una confirmación en el manuscrito Vallicell. A 14, que es del siglo IX y contiene también divididos en las mismas dos partes todos los tratados¹¹.

La segunda razón es el examen interno. En los sermones de la primera parte (1-54) hay una gran comunicación con el auditorio, grande animación y viveza, propia de quien está hablando, que falta en los sermones de la segunda parte (55-124).

Los 54 primeros sermones los predicó, por tanto, San Agustín y fueron copiados por algunos *notarii*, que después los presentaron al Santo para que los revisase. Los restantes no fueron predicados, sino dictados y leídos al pueblo como cree Zarb quien en un artículo publicado en 1933 en la revista *Angelicum* fija el año 413 para los 54 primeros y el 418 para los de la segunda parte¹².

Refiriéndose al tratado 99, dice el mismo San Agustín: *Id quod de hac re in sermone quodam proferendo ad aures populis christiani diximus dictumque conscripsimus*¹³. Esta frase del mismo Santo, que no se puede referir sino al sermón 99, donde únicamente se encuentran las palabras que copia en el lugar citado del libro sobre la Trinidad, nos obliga a recibir las afirmaciones de los críticos arriba citados con alguna reserva¹⁴.

Hasta el artículo antes citado de Zarb la fecha clásica que solían seguir los autores es la del año 416. Esta es la que pone Ceillier, Hurter y specht. Otro Bardenhewer considera esos tratados como homilías predicadas durante los años 416-417¹⁵.

Parece cierto que al principio hablaba todos los días, si no surgía algún impedimento imprevisto. La primera homilia la tuvo un domin-

go, como dice en el exordio de la segunda¹⁶. La segunda la tuvo al día siguiente, en lunes, como dice en el mismo tratado 2, 2¹⁷. Entre la cuarta y la quinta debió mediar un espacio indeterminado¹⁸.

La séptima y la undécima las tuvo en domingo¹⁹. La octava es de un día más tarde del prefijado. La nona se anuncia para el día siguiente²⁰. Son consecutivas de la 19 a la 23 y de la 34 a la 37, como se puede ver el comienzo o el fin. La 46 se tuvo en domingo. Podemos creer que el Santo se propuso en un principio hablar todos los días o la mayor parte de la semana. No siempre lo pudo hacer por ocupaciones imprevistas de mayor importancia y urgencia.

La homilía sexta nos revela que empezó a hablar en invierno, pues dice que sus oyentes no se han retraído por el frío, como él había temido²¹. En la homilía 10 estamos ya cerca de Pascua, cuando los cristianos se preparan para celebrar el aniversario de la Muerte y Resurrección del Señor²². La undécima se acerca ya mucho a la Pascua, al tiempo en que conviene preparar activamente a los catecúmenos para recibir el santo bautismo²³.

La duodécima, última que traducimos en este primer volumen, es del día siguiente, y a ella asiste más público que a la anterior²⁴.

Entre la homilía duodécima y la decimotercera se interpusieron las 10 en que explicó la primera carta de S. Juan, durante el tiempo de Pasión y de Pascua. Por esto, al principio de la homilía decimotercera, deja entender que pueden haber olvidado mucho de lo que había explicado sobre el Evangelio²⁵.

Estamos en agosto, en la fiesta de S. Lorenzo, cuando tiene la homilía 27²⁶. Desde el invierno al pleno verano no ha tenido sino 27 homilías sobre el Evangelio. Esto nos revela que hubo muchas interrupciones, más o menos largas.

Antes de explicar leía o hacía leer el texto sagrado. El mismo nos dice que llevaba en sus manos el volumen del Evangelio²⁷. Y repetidas veces alude al texto sagrado que se acaba de leer²⁸. La lectura del día siguiente empezaba por donde había quedado la explicación. No siempre explicaba todo lo que había pensado en un principio y había hecho leer al lector. Cuando veía que se había alargado más de lo justo, cortaba para no cansar²⁹. En la homilía duodécima dice que *ha hecho leer nuevamente* el Evangelio³⁰. De todo esto deducimos que al principio de la homilía el lector leía en voz alta el texto íntegro que se iba a explicar aquel día. Si el Santo llevaba también el volumen del Evangelio, como nos ha dicho, debía ser para leer los versículos particulares en el discurso ya de la explicación.

Antes de terminar digamos dos palabras sobre nuestra traducción. El texto que hemos tenido a la vista es el de los maurinos, reproducido por Migne en su Patrología³¹. Lo hemos confrontado con la edición de Hurter posterior, más manual, y provista de algunas notas prácticas³².

La traducción alemana de Tomás Specht nos ha servido poco, porque es muy literal y aporta poco en la duda del texto latino³³. El tomo II de la benemérita obra de Ceillier aporta algunos datos interesantes para la introducción³⁴.

Generalmente traducimos todo el texto del Santo. Solamente omitimos algunos párrafos que hoy carecen de todo interés, bien porque se contienen en párrafos anteriores, bien porque son aplicaciones a doctrinas y adversarios ya pasados. La secta de los donatistas debía hacer mucho daño a los oyentes del Santo, y por eso no pierde ocasión de combatirla y de prevenir contra ella a sus fieles. Cuando omitimos algo, ponemos puntos suspensivos para que se dé cuenta el lector, y aún hacemos un resumen.

En las notas van algunos textos latinos que tienen especial interés en la lengua original por su concisión, nervio y fecundidad. Creemos que muchos predicadores se alegrarán de ello.

Hoy solamente presentamos los doce primeros tratados, de los cuales los seis últimos son traducción directa del P. Bartolomé Bejarano. S. I. En tomos sucesivos iremos dando los restantes, hasta completar los 124 de que consta el comentario. El último tomo llevará un índice analítico de materias, que servirá mucho para los predicadores, que son los que más podrán beneficiarse de esta traducción, pues hallarán modos y maneras nuevas de decir siempre lo mismo, cosas buenas y saludables, como dice el propio S. Agustín al final de la homilía última que hoy publicamos: “Haec quotidie dicimus vobis, et saepe dicenda sunt, *quia bona et salutaria sunt*”. Esta frase puede guiar al lector para conocer la naturaleza y el fin que el Santo se propuso en estas lecciones.

Juan Leal, S.I.

Granada, 2-2-1944.

NOTAS

1. Cfr. Trat., 19, 1; 31, 1; 47, 1.
2. Epist., 224, 2. “Tractatus popularis, quos Graeci homilia vocant”.
3. Trata., 40, 1.
4. De Doctr. Christi., I-III.
5. De Instit. div. Litt., cap. 7 (PL., 70. 1.119)
6. S. Aureli Augustini hippomensis episcopi In Ioannis Evangelium tractatus CXXV, Parisiis-Londimi, 1884; Pars prior, VII.
 7. Patrologia Torino, 1940, pág. 296.
 8. Historia et Critica introductio... Vol. III, Introductio specialis in N. T., Parisiis, 1886, pág. 305.
 9. Trat., 5, 20; 6, 1.
 10. Pág. 265.
 11. Revue Benédicte, 43 (1931), 246.
 12. Angelicum (1933), 50-110.
 13. De Trinit., lib. 15, ap. 27 (PL. 48, 1095).
 14. De Bruyne explica este texto por el mero dictado. Rev. Béned., 43 (1931), 193.
 15. Geschichte der Altkirchlichen Literatur, vol. IV, Freiburg, 1924, pág. 486.
 16. Trat., 2, 1: capitulum primum praeterito die dominico tractatum esse meminimus.
 17. “Hesterno die multum locuti sumus”.
 18. “Hanc quaestionem propositus nobis hodie episcopus noster, aliquando si Dominus concederit, soluturs quam” (Trat., IV, 16) “Sicut Dominus volurit, ad diem pronissionis nostrae pervenimus” (Trat., V, 1).
 19. Trat., 7, 24; 12, 1.
 20. Trat., 8, 13; 9, 1.
 21. Trat., 6, 1.
 22. Trat., 10, 10.
 23. Trat., 11, 1.
 24. Trat., 1, 1.
 25. Trat., 13, 1.
 26. Trat., 27, 10.
 27. Trat., 40, 1.
 28. Trat., 1, 1; 11, 1; 12, 1; 13, 1; 14, 1.
 29. Trat., 5, 20; 9, 1.
 30. Trat., 12, 1.
 31. ML., 35, 1379-1976. ni, 1884.
 32. S. Aurelii Augustini Hipponensis Episcopi in Ioannis Evangelium Tractatus CXXIV, 2, tom. Parisiis-Londi.
 33. Aurelius Augustinus, Vorträge Ueber das Evangelium HL. Johannes, 3 tm. Kempten und München, 1913/4.
 34. Histoire générade des Auteurs sacré et ecclesiastiques, París, 1744.

TRATADO I

En el principio existía el Verbo, el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios, etc., hasta: Y las tinieblas no la recibieron (1, 1-5).

1. Cuando reparo en lo que hemos leído en el texto de la Epístola, que *el hombre animal no puede entender las cosas que son del Espíritu de Dios*¹, y considero después que entre la muchedumbre presente de vuestra Caridad², tiene que haber muchos carnales, que se guían por los principios de la carne y no pueden aún alzarse al conocimiento del espíritu, dudo mucho cómo podré hablar con la ayuda del Señor o explicar, en mi medida, lo que acabamos de leer del Evangelio: *En el principio existía el Verbo, el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.* Esto, en verdad, no lo puede entender el hombre animal. Callaremos, pues, hermanos. Mas entonces, si callamos, ¿para qué se ha leído? ¿Para qué la oímos, si no se explica? ¿Y para qué se expone, si ni se puede entender? Mirando, por otra parte, que entre vosotros tiene que haber algunos capaces de entenderlo, aun antes de que se explique, no quiero perjudicar a éstos por el temor de cansar a los que no me pueden entender. Siempre debemos esperar en la misericordia del Señor, que nos asistirá para que cada uno entienda lo que pueda. Aun el mismo que explica dirá solamente lo que puede. Hablar conforme a la realidad no es posible. Me atrevo a decir, hermanos míos, que ni el mismo Juan dijo como es, sino como él pudo. Es siempre un hombre el que habla de Dios. Ciertamente inspirado por Dios, pero un hombre. Porque estuvo inspirado dijo algo; sin la inspiración no hubiera dicho nada. Porque el inspirado fue un hombre, no dijo todo lo que hay, sino lo que puede decir el hombre.

2. Este Juan era, hermanos carísimos, de aquellos montes de que escribió el Salmista: *Traigan los montes la paz al pueblo, y los collados la justicia*³. Los montes son las almas grandes. Los collados, las pequeñas. Y lo montes traen precisamente la paz para que los colla-

dos puedan recibir la justicia. ¿Y qué justicia es la que reciben los collados? La fe, *pues el justo vive de la fe*⁴. Ahora bien, las almas pequeñas no recibirán la fe, si las grandes, que hemos llamado montes, no son ilustradas por la misma Sabiduría, a fin de que puedan dar a las pequeñas lo que éstas son capaces de recibir...⁵.

4. Los que traen la paz que se debe predicar al pueblo han contemplado la misma Sabiduría, cuanto es posible a la inteligencia humana, *lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni a la mente humana llegó*⁶. Si a la mente del hombre no llega esta Sabiduría, ¿cómo llegó a la de Juan? ¿O es que Juan no era hombre?.... Así es, hermanos; si se puede decir que llegó a la mente de Juan en alguna manera, en la misma medida en que llegó a él, se puede también decir que no es hombre Juan. ¿Qué significa esto de que no era hombre? Que empezó en cierto modo a ser ángel; pues todos los santos son ángeles, porque anuncian a Dios. A los hombres carnales y sensuales, que no pueden percibir las cosas de Dios, les dice el Apóstol: Cuando decís que yo soy de Pablo, yo de Apolo, obráis como hombres⁶. ¿Qué pretende hacer de estos que reprende porque son hombres? ¿Queréis saber lo que pretende? Oíd el Salmo: *Yo dije: sois dioses e hijos todos del Excelso*⁷. Dios quiere que dejemos de ser hombres. Y entonces, mejorando, dejaremos de ser hombres, cuanto antes reconoczamos que somos hombres. A aquella altura tenemos que subir desde el bajo de la humildad. El que se cree algo, no siendo nada, corre el peligro, no sólo de no recibir lo que no es, sino de perder lo mismo que es.

5. Hermanos, de estos montes era Juan, el que dijo: *En el principio existía el Verbo, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios*. Había recibido la paz este monte, contemplaba la divinidad del Verbo. ¡Cuán grande era este monte, cuán exelso! Pasó sobre todas las cumbres de la tierra, pasó sobre todas las llanuras del aire; pasó sobre todos los coros y legiones de los ángeles. Tuvo que pasar sobre todas las criaturas para llegar al Criador de ellas. Para hacerse una idea de lo que sobrepasó, es menester conocer adónde llegó. ¿Qué es el cielo y la tierra? Criaturas. ¿Qué son las cosas que hay en el cielo y en la tierra? Criaturas, todavía con más mérito. ¿Qué son los espíritus, los ángeles, los arcángeles, los tronos, dominaciones, virtudes y principados? Criaturas también. El Salmo en su enumeración abarca todo este conjunto y dice así: *El lo dijo y fueron hechas; El lo mandó y fueron creadas*⁸. Si porque Dios dijo fueron hechas, es claro que fueron creadas por el Verbo de Dios. Y si todo fue hecho por el Verbo, es

también claro que Juan tuvo que sobrepasar todo lo que ha sido hecho por el Verbo antes de llegar y escribir aquella frase: *En el principio existía el Verbo, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios* ¡Qué grande es este monte, qué santo, qué alto sobre todos los montes que traen la paz al pueblo de Dios para que los collados reciban la justicia!.

6. Mirad, hermanos, si no es tal vez Juan uno de aquellos montes de los cuales hemos dicho poco ha: *Levanté mis ojos a lo montes de donde me ha de venir el socorro*⁹.

Hermanos míos, si queréis, por tanto, entender, levantad vuestro ojos a este monte, mirad al Evangelio, contemplad su sentido. Estos montes traen la paz, y ninguno que confía en el hombre puede estar en paz. No miréis, pues, de tal manera a este monte, como si vuestra paz se hubiese de poner en el hombre, sino decid más bien: *levanté mis ojos a los montes de donde me ha de venir el socorro*, añadiendo en seguida: *mi socorro viene del Señor que ha hecho el cielo y la tierra*. Levantemos, sí, nuestros ojos a los montes de donde nos viene el auxilio, sabiendo que nuestra esperanza no estriba en los mismos montes. Los montes reciben, a su vez, de más alto lo que ellos nos sirven. Allí de donde ellos reciben hemos de colocar nosotros nuestra esperanza.

Cuantas veces dirigimos nuestra mirada a la Sagrada Escritura, que nos ha sido servida por hombres, levantamos los ojos a los montes de donde nos viene el socorro. Mas porque los que escribieron la Escritura fueron hombres, su luz no era de ellos; *la verdadera luz es aquél que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*¹⁰.

Un monte era aquel Juan Bautista, que dijo: *Yo no soy el Cristo*¹¹. Para que nadie, por poner su esperanza en los montes, fuese echado de aquel que ilumina los montes, el mismo Bautista confesó también: *que todos hemos recibido de su plenitud*¹².

Debes, pues decir: *levanté mis ojos a los montes de donde me ha de venir el socorro*. Y para que no atribuyas a los montes el auxilio, debes continuar y decir: *Mi auxilio viene del Señor que ha hecho el cielo y la tierra*

7. Hermanos, os he querido decir estas cosas para que cuando levantéis vuestro corazón a las Escrituras, al oír el Evangelio, que dice: *En el principio existía el Verbo, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios* y todo lo demás que se ha leído, sepáis que habéis levantado vuestros ojos a los montes. Si estas cosas no nos la dijesen

los montes, no podríamos en manera alguna ni pensarlas. De los montes nos viene el auxilio, aun solamente para oír estas cosas. No podemos entender todavía lo que hemos oído. Invoquemos el auxilio del Señor que ha hecho el cielo y la tierra. Los montes hablan sin poder iluminar; ellos mismos han sido iluminados, porque primero escucharon. Aquel Juan que descansó sobre el pecho del Señor recibió estas cosas que nos ha dicho; el agua que nos quería dar a gustar la bebió él, a su vez, del pecho del Señor. Nos dio a gustar las palabras; pero su inteligencia la tienes que buscar allí de donde él bebió lo que te dio a gustar, para que levantes tus ojos a los montes de donde te ha de venir el socorro y bebas así la palabra que se te ha dado como en un cáliz. Porque tu auxilio debe venir del Señor que ha hecho el cielo y la tierra, puedes llenar tu corazón allí donde él mismo lo llenó. Por esto dijiste: *Mi auxilio del Señor que ha hecho el cielo y la tierra*. Que os llene, pues, el que puede.

Hermanos, por esto he dicho que cada uno levante su corazón cuanto pueda y que recoja lo que dice.

Tal vez alguno diga que yo os estoy más presente que Dios. Falso. El está mucho más presente. Yo estoy presente a vuestros ojos. El lo está a vuestras conciencias. A mí me dirigís el oído; a El el corazón, para que ambos queden llenos. Tenéis puestos ahora en mí vuestros ojos y los sentidos de vuestro cuerpo; mejor, no en mí, que no soy ninguno de aquellos montes, sino en el Evangelio, en el Evangelista. Pero el corazón lo ha de llenar el Señor. Y, al dirigirlo a Dios, mirad bien qué dirigís y adónde. He dicho: qué levanta y adónde lo levanta. Qué corazón levanta y qué Señor lo levanta. No sea que, sobrecargado con el peso del placer carnal, caiga antes de lo que lo levante. Si ves que pesa sobre ti el peso de la carne, procura purificar con la continencia el corazón que has de levantar a Dios. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*¹³.

8. De nada sirve el simple sonido de las palabras: *En el principio existía el Verbo, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios*. Cuando hablamos también nosotros pronunciamos palabras. ¿Es ésta, por ventura, la palabra que existía en Dios? Las cosas que nosotros decimos suenan y pasan. ¿Se acaba también el Verbo de Dios al ser pronunciado? Entonces, ¿cómo pudieron ser hechas por El todas las cosas y no existir nada sin El? Si pasó al ser pronunciado, ¿cómo puede ser gobernado por El cuanto ha sido creado por El? ¿Qué palabra es esta que se pronuncia y no pasa? Atienda Vuestra caridad, porque es idea importante.

Las palabras han perdido su valor con el continuo hablar. Sonando y pasando han perdido su virtud, y ya no parecen sino palabras. Pero en el hombre también hay un verbo que queda dentro, el sonido sale de la boca. Hay un verbo que tiene una pronunciación espiritual, lo que percibes por el sonido, no el sonido mismo. Cuando digo Dios, pronuncio una palabra. Es cosa breve lo que he dicho: cuatro letras y dos sílabas. ¿Diremos que esto nada más es Dios, cuatro letras y dos sílabas? O diremos más bien que cuanto más pobre es el sonido exterior, tanto más rico es lo que con él se percibe? Algo pasa en tu mente cuando oyes la palabra Dios. Algo pasa en la mía cuando la pronuncio. Pensamos en un grande y supremo Ser que trasciende la criatura mudable, carnal y animal. Al preguntarte si Dios es mudable o inmutable, me respondes en seguida: lejos de mí creer o pensar que Dios sea mudable; Dios no puede mudar. Tu alma, aunque pequeña, aunque carnal todavía, no puede menos de confesar que Dios es inmutable y que la criatura es esencialmente mudable. ¿Cómo se te ha ocurrido cosa que está por encima de todo lo creado y decirme con certeza que Dios es inmutable? ¿Qué hay en tu corazón cuando piensas en un Ser vivo, perpetuo, omnipotente, infinito, en todas partes presente, doquiera completo y por nada limitado? Cuando piensas esto entonces tienes en tu corazón el Verbo de Dios. Y ya ves que esto no es aquel sonido que consta de cuatro letras y dos sílabas. Lo que al pronunciarse pasa es lo que llamamos sonidos, letras y sílabas. La palabra que suena pasa; pero la que expresa el sonido y queda en el sujeto racional que habla o escucha persevera aun pasados los sonidos.

9. Sigamos con esta idea. Tú puedes tener en tu corazón un verbo, la idea que ha nacido de tu mente, que la ha engendrado. Esa idea está allí como fruto de tu inteligencia, como hijo tuyo. Antes de hacer una obra, de realizar algo grande en la tierra, tu corazón engendra primero la idea. Tienes la idea y la obra no se ha realizado todavía. En tu mente estás ya viendo lo que vas a hacer antes de que los demás admiren la mole que haces y levantas, antes de que la empresa se realice y lleve a término. Los hombres contemplan la grandiosa construcción y admirán el plan del constructor. Se admirán de lo que ven y se gozan en lo que no ven. Ninguno puede ver la idea interior del plan; pero por la obra exterior todos alaban el proyecto donde se concibió primero.

¿Quieres ahora conocer el Verbo de Dios, a Jesucristo Nuestro

Señor? Mira esta gran fábrica exterior del mundo. Todo ha sido hecho por el Verbo; así conocerás quién es el Verbo. Mira estas dos partes del mundo, el cielo y la tierra. Nadie puede expresar la belleza del cielo, nadie la fecundidad de la tierra, la sucesión ordenada de los tiempos, la fuerza oculta de las semillas.

Observar que callo mucho, porque no quiero con una larga enumeración decir poco, menos, tal vez, de lo que vosotros podéis adivinar. Por esta fábrica del mundo, deducid lo que debe ser el Verbo que la ha hecho todo y cuanto fuera de ella existe. Nosotros no vemos sino lo que está al alcance de los sentidos. Fuera están los ángeles, que también han sido hechos por el Verbo, y los arcángeles, las potestades, los tronos, las dominaciones y principados. Todo ha sido hecho por el Verbo. Deducid de aquí qué grande debe ser el Verbo.

10. Alguno tal vez diga ahora. ¿Y quién puede pensar en este gran Verbo? Cuando oyes esta palabra no pienses nada pequeño, al igual de las palabras que oyes diariamente. Aquel dijo tales palabras, tales otras me han pronunciado; tú mismo me cuentas otras parecidas. Con el diario usar los nombres de las cosas, las palabras se han desvalorizado. Pues cuando oyes que *en el principio existía el Verbo*, no pienses en nada pequeño, como acostumbras a pensar, cuando oyes las palabras humanas. Mira en lo que debes pensar: *El Verbo era Dios.*

11. Podrá venir ahora uno de esos herejes arrianos y decir que el Verbo de Dios fue hecho. ¿Cómo es posible que el Verbo de Dios haya sido hecho, cuando todas las cosas las ha hecho Dios por el Verbo? Si el Verbo de Dios también ha sido hecho, ¿por qué otro Verbo ha sido hecho? Si a este por quien fue hecho aquel Verbo lo llamas Verbo del Verbo, yo lo llamo el Unigénito de Dios. Y si no lo llamas Verbo del Verbo, admite que no ha sido hecho el que ha hecho todas las cosas. Asimismo no se pudo hacer el que hizo todas las cosas. Creamos, pues, al Evangelista, quien pudo haber dicho: En el principio, hizo Dios al Verbo, lo mismo que Moisés dijo: *en el principio hizo Dios el cielo y la tierra*, y luego va enumerando cada una de las partes. Dijo Dios: Hágase, y fue hecho. ¿Quién es el que dijo? Dios, ciertamente. ¿Y qué es lo que se hizo? La criatura. Entre Dios que habla y la criatura que se hace está como medio el Verbo, por quien se hace todo. Dijo Dios: Hágase y fue hecho. Este es el Verbo inmutable. Aunque las cosas mudables se hacen por el Verbo, El es inmutable.

12. No pienses, pues, que fue hecho aquel por quien se hicieron todas las cosas. Así no serías reparado por el Verbo, por quien se repara todo. Ya has sido hecho por el Verbo, pero debes todavía ser reparado por El. Mas si tu fe sobre el Verbo fuere falsa, no serás reparado. Has sido creado por el Verbo; pero, como por El has sido hecho, de por ti te vas deshaciendo. Si de tu parte te deshaces, El, que te ha hecho, te rehará¹⁴. Si de tu parte vas empeorando, El, que te creó, te creará nuevamente. Mas no te volverá a crear de nuevo por el Verbo si no piensas bien de él. Dice el Evangelista: *En el principio existía el Verbo*. Tu dices: En el principio fue hecho el Verbo. El dice: *Todo fue hecho por El*. Tu dices: El mismo Verbo fue hecho. Podía haber dicho el Evangelista: En el principio fue hecho el Verbo. Y dice: *En el principio existía el Verbo*. Si ya existía no fue hecho, ya que todas estas cosas fueron hechas por El, y nada se hizo sin El. Quedemos, pues, en que *el Verbo existía en el principio, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios*. Si no puedes entender esto, espera a ser mayor. El es manjar sólido. Aliméntate primero con leche para crecer y poder tomar este manjar.

13. Ahora, hermanos, sobre lo que sigue: *Todo fue hecho por El y sin El nada fue hecho*, tened cuidado de creer que la nada es algo. Algunos entienden mal este *sin El nada fue hecho*, creyendo que la nada es una cosa. El pecado no fue hecho por El, y es claro que el pecado no es nada y que los hombres nada ganan cuando pecan¹⁵. El ídolo no fue hecho por el Verbo, aunque tenga cierta forma humana. Si el hombre ha sido hecho por el Verbo, no lo ha sido la forma humana que hay en el ídolo. Tenemos escrito que *el ídolo no es nada*¹⁶. Estas cosas no son obra del Verbo; pero lo son todas las cosas que han sido hechas en la Naturaleza, cuanto hay en las criaturas, todo sin excepción, las cosas que hay fijas en el cielo, las que brillan sobre nuestras cabezas, las que vuelan bajo el cielo, cuanto se mueve en el universo, todas las criaturas. Lo diré mas claro, para que lo entendáis bien: cuanto existe, desde el ángel hasta el gusano. Entre las criaturas, ninguna más excelente que el ángel y nada más pequeño que el gusano. Pues el mismo que hizo los ángeles ha hecho a los gusanos aunque el ángel, sea para el cielo y el gusano para la tierra. El mismo que creó el mundo lo ha organizado también. Si el gusano estuviera en el cielo, te parecería Dios reprendible, al igual que si hubiera dispuesto que los ángeles naciesen de la carne en corrupción. Pues casi esto se verifica en el hombre y no es reprendible. Todos los

hombres son como gusanos, que nacen de la carne, y de ellos hace Dios ángeles. Si el mismo Señor ha dicho de sí que es *gusano y no hombre*¹⁷, ¿quién no repetirá lo que hay escrito en Job: *Con mucha más razón el hombre es podredumbre y gusano?*¹⁸.

Primero dijo: *El hombre es podredumbre*, y luego: *El hijo del hombre es gusano*. Como el gusano se cría en la podredumbre, dice que el hombre es podredumbre y gusano. Mira qué se hizo por ti (al encarnarse). Aquel que en el principio existía como Verbo, estaba en Dios y el Verbo era Dios. ¿Por qué se hizo hombre por ti? Para que te levantases tú, que no podías comer. Así es, hermanos, a la letra. *Todas las cosas fueron hechas por El, y sin el no se hizo nada*. Toda criatura ha sido hecha por El, la grande y la pequeña; por El han sido hechas las de arriba y las de abajo, la espiritual y la corporal. Ninguna forma, ninguna unión o concordia de parte, ninguna sustancia cualquiera que ella sea, nada que tenga peso, número o medida existe sin el Verbo y sin aquel Verbo Creador, del cual se ha dicho: Todo lo has dispuesto conforme a medida, número y peso¹⁹.

14. Que ninguno os engañe cuando sentís las molestias de las moscas. Porque algunos son burlados y cogidos por el diablo con las moscas. Los cazadores suelen poner en los cepos moscar y cazar así a las aves hambrientas. Del mismo modo algunos son cogidos por el diablo con las moscas.

Estaba uno un día molesto con las moscas, y lo encontró así malhumorado un maniqueo. Al decirle que él no podía aguantar las moscas y que las aborrecía de corazón, le dijo el maniqueo. ¿Quién las ha creado? Como estaba enfadado con ellas y las aborrecía de verdad, no se atrevió a decir que Dios las había hecho, pues era católico. El maniqueo añadió en seguida: Si Dios no ha hecho las moscas, ¿quién las ha podido hacer?

Yo creo, contestó el católico, que sólo el diablo las ha podido hacer.

El maniqueo, en seguida: Si el diablo ha creado las moscas, como me parece que tú confiesas, juzgando con prudencia, ¿quién ha hecho la abeja, que es un poco mayor que la mosca? No se atrevió el otro a decir que Dios había hecho la abeja y no había hecho la mosca, pues eran tan parecidas. De la abeja lo llevó a la langosta, de la langosta a la salamanquesa, de la salamanquesa al ave, del ave a la oveja, después al buey, al elefante, y por último al hombre. De esta manera, por el enfado que recibió de las moscas, se convirtió en mosca y posesión

del diablo. Porque dicen que Beelcebuz se interpreta príncipe de las moscas. De éstas se ha escrito: Las moscas que van a morir acaban con el aceite de la suavidad²⁰.

15. ¿Para qué he referido estas cosas, hermanos? Para que cerréis las puertas de vuestro corazón a las asechanzas del enemigo. Creed que Dios ha hecho todas las cosas y las ha puesto en orden.

¿Por qué padecemos muchos males de las criaturas que Dios ha hecho? Porque hemos ofendido a Dios. Los ángeles no padecen estas cosas. Tal vez nosotros en esa vida no hubiéramos temido estas cosas. Acusa a tu pecado por tu pena, no al juez. Por nuestra soberbia Dios ha instituido que esa criatura tan pequeña y tan abyecta nos atormentase. Así el hombre soberbio que se levanta contra Dios, el hombre mortal que asusta a otros mortales, el hombre que no quiere reconocer al hombre como su prójimo, cuando se ensoberbece, es humillado por las pulgas. ¿Por qué te inflas, humana soberbia? Te hace una injuria el hombre y te hinchas y llenas de ira. Tendrás que luchar con las pulgas para dormir. Mira quién eres.

Para que nos convenciésemos de que todas estas criaturas que nos molestan han sido criadas para ayudarnos a vencer nuestra soberbia, mandó Dios al pueblo soberbio de Faraón moscas y ranas para vencerlo la soberbia con estas cosas tan bajas, habiendo podido vencerlo con osos, leones y serpientes.

16. *Todas las cosas, hermanos, todo absolutamente ha sido creado por El, y sin El no se ha hecho nada. ¿Cómo fueron hechas todas las cosas por El? Lo que ha sido hecho es la vida en El.* También se puede decir: *Lo que ha sido hecho en El es vida.* Luego todo es vida si leemos así²¹.

¿Hay algo que no haya sido hecho en él? El es la sabiduría de Dios, como dice el Salmo: Todo lo has hecho en Sabiduría²². Si Cristo es la Sabiduría de Dios y el Salmo dice que todo ha sido hecho en la Sabiduría, se sigue que, como todo ha sido hecho por El, hermanos amadísimos, y todo lo que ha sido hecho en él es vida, se sigue que la tierra es vida y el árbol es vida. Nosotros llamamos al leño vida, pero nos referimos al leño de la cruz, de donde hemos recibido la vida. También la piedra es vida. No es decorosa esta interpretación, y corremos peligro de que se nos metan otra vez la vil secta de los Maniqueos y nos diga que la piedra tiene vida, y alma la pared, la cuerda, la lana y el vestido. Así suelen hablar en su delirio, y cuando se les reprime, y refuta, apelan a las Escrituras, y dicen: ¿Para qué se

ha escrito: *Lo que fue hecho en El es vida?* si todo ha sido hecho en El, todo tiene vida.

Para que no te engañen, lee tú así: *Lo que ha sido hecho* (haz una pausa aquí y sigue luego), *en El es vida*. ¿Qué significa esto? La tierra ha sido hecha, pero no es vida en sí misma. En la Sabiduría creadora hay una forma espiritual de la tierra que ha sido hecha, y esta forma sí es vida.

17. Lo explicaré lo mejor que pueda a vuestra Caridad.

Hace el carpintero una arca. Esta arca existe primero en el artífice. Si no la tuviese primero en su mente el artista, ¿de dónde la podría sacar? Mas el arca que existe en la mente del artista existe de modo que no es la misma que se ve después con los ojos del cuerpo. En la concepción del artista está invisible; en la ejecución, visible. No porque ha sido ya ejecutada deja de existir en el artista. La tenemos ya en la ejecución externa y en la concepción del artista. Si se rompe el arca externa que ha ejecutado, puede hacer una segunda nueva conforme al original que tiene en la mente. Distinguid, pues, el arca en el artista y el arca en la ejecución. El arca en la ejecución no es vida; vive, en cambio, en la mente del artista, porque el alma del artista donde están todas las cosas, antes de su ejecución, tiene vida real.

Apliquemos, hermanos amadísimos, el ejemplo a las obras de la Sabiduría de Dios. La Sabiduría de Dios, que ha hecho todas las cosas, contiene en sí la idea ejemplar de todas las cosas antes de realizarlas en el exterior. Todo lo que es hecho conforme a esta idea ejemplar tiene vida en el Verbo, aunque en sí no la tenga.

La tierra que ves existe primero en el artista divino; el cielo, el sol, la luna. En su realidad sensible son cuerpos; en su causa ejemplar, vida.

Esto lo entenderéis como podáis, porque es algo grande lo que acabo de decir. Aunque no sea yo grande, alguien verdaderamente grande lo ha dicho. Yo soy, ciertamente pequeño, pero no digo estas cosas. Yo, para decirlas, miro a otro que no es pequeño. ¿Qué cada uno entienda como puede y en la medida que puede? Y el que no pueda, que alimente su inteligencia hasta que pueda. ¿De dónde debe nutrirse? Con leche primero, hasta que pueda digerir el alimento sólido. Que no se separe de Cristo nacido en carne mortal hasta que llegue a Cristo nacido del Padre Único, Verbo Dios que está en Dios, por quien han sido hechas todas las cosas. Aquella vida que hay en El es la luz de los hombres.

18. Esto es lo que sigue: *Y la vida era la luz de los hombres*. Por esta vida son los hombres iluminados. Los animales no son iluminados porque carecen de inteligencia para ver la sabiduría. El hombre, en cambio, hecho a imagen de Dios, tiene entendimiento con que poder ver la sabiduría. Aquella vida por la cual fueron hechas todas las cosas, ésta misma es la luz, no de cualquier ser, sino del hombre. Por esto se dice poco después: *Existía la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo*. Esa fue la luz que iluminó a Juan el Bautista; la misma que iluminó a Juan el Evangelista. Lleno estaba de esta luz el que escribió: *Yo no soy el Cristo, sino el que viene después, de mí, a quien yo no soy digno de soltarle la correas de su zapato*²³. Esta misma luz esclarecía también al que dijo: *En el principio existía el Verbo, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios*. Esa misma vida es la luz de los hombres.

19. Tal vez haya corazones necios que no pueden todavía recibir esta luz, porque están tan gravados por sus pecados, que no pueden verla. Si no la pueden ver, que no piensen que la luz está lejana. Es que ellos mismos son tinieblas por sus pecados. *Y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron*. Hermanos, el ciego que está en el sol tiene en sí presente al sol, pero es como si estuviese ausente; lo mismo pasa con el necio, con el impío, con el inicuo, que es ciego del alma. Está presente la Sabiduría, pero lo está a un ciego, dista mucho de su ojos. No está lejana la Sabiduría de él, pero él lo está de la Sabiduría. ¿Qué debe hacer? Limpiarse para que pueda ver a Dios. A uno que no pudiese ver por tener enfermos y sucios los ojos con el polvo, pituita y humo que le ha caído, le diría el médico: Quita de tu ojo cuanto le hace mal, para que puedas ver la luz de tus ojos. El pecado y las iniquidades son el polvo, la pituita y el humo. Quita de ahí todas esas cosas y verás la Sabiduría, que está presente. Dios mismo es la Sabiduría. Y escrito está *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*²⁴.

NOTAS

1. I Cor., 2, 14.
2. Así llama a los numerosos fieles que se congregan para ofr sus lecciones sacras.
3. Salm., 71, 3
4. Habac., 2, 4.
5. Omitimos un párrafo (3) que dedica a refutar los errores donatistas.
6. I Cor., 2, 9.
7. I Cor., 3, 4.
8. Salm., 81, 6.
9. Salm., 148, 5.
10. Salm., 120, 1.
11. Jn., 1, 9.
12. Jn., 1, 20.
13. Jn., 1, 16.
14. Mt., 5, 8.
15. Si per te deficis, ille te reficiat qui te fecit.
16. Nihil fiunt homines cum peccant.
17. I Cor., 8, 4.
18. Salm., 21, 7.
19. Job., 25, 6.
20. Sab., 11, 21.
21. Eccle., 10, 1.
22. Para entender estas explicaciones de S. Agustín, conviene advertir en la triple puntuación o lectura que se puede dar a este pasaje:
 - 1) *Lo que se hizo en El era vida.* Esta lectura no la acepta S. Agustín, por los absurdos que de ella se siguen.
 - 2) *Lo que se hizo era vida en el.* Esta lectura la admite S. Agustín, porque se presta a un sentido muy levantado.
 - 3) *Sin El no se hizo nada de lo que se ha hecho. En el estaba la vida.* Esta lectura que hoy sigue la traducción latina Vulgata, posterior a la Vetus latina de s. Agustín y que responde mejor al texto.
23. Salm., 103, 24.
24. Jn., 1, 20, 27.
25. Mt., 5, 8.

TRATADO II

Sobre el texto: *Hubo un hombre enviado por Dios que se llamó Juan, etc., hasta: lleno de gracia y de verdad* (I, 6-14).

1. Conviene, hermanos, que expliquemos, conforme a nuestra posibilidad, el texto de las Sagradas Escrituras, y sobre todo, del Evangelio sin omitir ningún pasaje. Nosotros, en nuestra medida, seremos primero alimentados y luego os serviremos a vosotros aquello mismo con que nosotros nos hemos alimentado. ¿Os acordáis que el domingo pasado explicamos el primer capítulo; esto es: *En el principio existía el Verbo, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. Este existía en el principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por el y sin el no se hizo nada. Lo que fue hecho es vida en El, y la vida era luz de los hombres, y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron?* Creo que llegamos hasta aquí. Recordadlo todo los que asististeis, y los que no vinisteis creednos a nosotros y a los que estuvieron presentes. Ahora, puesto que no podemos repetir siempre lo mismo, en atención a los que quieren oír lo que sigue y para evitar la molestia que sería privarlos de lo que queda, por repetir lo pasado, que se resignen a no pedirnos lo ya explicado los que no estuvieron aquí y se contenten con oír, juntamente con los que asistieron, lo que voy a explicar ahora.

2. Sigue (el texto sagrado): *Hubo un hombre enviado por Dios que se llamó Juan.* El primer día hablamos de la inefable divinidad del Verbo y de una manera casi inefable también. Porque, ¿quién puede entender: *En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba en Dios?* Para que el uso ordinario de las palabras no quite la fuerza que tiene el Verbo, añade: *Y el Verbo era Dios.* De este Verbo hablamos bastante el día anterior. Y espero en el Señor que, con tanto hablar, habremos llevado algo a vuestros corazones.

En el principio existía el Verbo. Siempre existe el mismo, siempre de la misma manera, como existe siempre, está ahora; no se puede mudar. Eso significa *existe.* Este es su propio nombre, que reveló a su

siervo Moisés: *Yo soy el que soy, y Me ha enviado el que es*¹. Esto no es fácil de entender, pues nosotros no vemos sino cosas mortales, que se cambian, cuerpos que cambian en sus cualidades, naciendo, creciendo, disminuyendo, muriendo; las mismas almas crecen y crecen con los afectos de diversos deseos; los hombres pueden conocer la Sabiduría si se acercan a su luz y calor; la pueden perder si se separan de ella por el mal deseo. Al ver, pues, todas estas cosas mudables, ¿qué puede ser lo es, sino aquello que sobrepasa todo lo que es, de manera que no es al mismo tiempo? ¿Quién puede entender esto? ¿O quién, por más que esfuerce su ingenio para llegar a los que hay en la manera que le sea posible, llegará con su entendimiento al fondo de lo que ha entendido? Esto es lo mismo que quien ve de lejos la patria y tiene por medio el mar. Ve adónde tiene que ir, pero no tiene por dónde ir. Nosotros queremos llegar a nuestro descanso, donde está lo que es realmente, pues esto es lo único que siempre está como es. Tenemos por medio el mar del siglo presente. Por aquí tenemos que ir. Nosotros vemos adónde debemos ir; hay muchos, con todo, que no saben adónde dirigirse. Pues (el Verbo) para que tuviésemos un camino por donde ir, vino de allí adonde queremos ir. ¿Y qué hizo? Nos dio un leño con que pudiésemos atravesar el mar. Nadie puede pasar el mar de la vida si no va en la cruz de Cristo. A esta cruz se abrazan a veces aun los que están mal de los ojos. Por esto, aun quien no ve por la distancia adónde se dirige, que no se separe de la cruz, porque ella lo llevará.

3. Ved, pues, hermanos míos, por qué me atrevo a daros este consejo: si queréis vivir pía y cristianamente, abrazados a Cristo en su humanidad, que ha tomado por nosotros, y llegaréis a El como Dios que es y era antes. Encarnó y se asemejó a nosotros; se ha hecho lo que no era para salvar a los enfermos, darles con qué pasar el mar y llegar a la patria, donde ya no será precisa ninguna nave, porque allí no hay mar. Es mejor no apartarse de Cristo, aunque no se entiende lo que es que entenderlo, y despreciar su cruz. Mejor todavía y óptimo es ver, si es posible, adónde hay que ir y agarrarse a la nave el pasajero. Esto lo lograron las grandes almas de aquellos que hemos llamado montes, a los que de una manera especial ilustró la luz de la justicia. Lo lograron y vieron qué es ello en sí. Así, Juan, como vidente, dijo: *En el principio existía el Verbo, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios*. Lo vieron, y para llegar a lo que veían desde lejos, no se separaron de la cruz de Cristo, no despreciaron su

bajeza. Las almas pequeñas; que no pueden ver esto si no se separan de la cruz, de la pasión y resurrección de Cristo, llegarán allí adonde su vista no alcanza en la misma nave en que llegan los que pueden ver.

4. Hubo filósofos paganos que encontraron al Creador por la criatura, pues, como claramente dice el Apóstol, se le puede hallar por la criatura. *Porque los atributos invisibles de Dios se hacen visibles por la creación del mundo, conocidos por la inteligencia en sus obras, tanto su eterna potencia como su divinidad, de suerte que son inexcusables.* Y añade: *Por cuanto habiendo conocido a Dios.* No dice que no lo conocieron, sino: *Por cuanto, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; antes se desvanecieron en sus pensamientos y se entenebreció su insensato corazón.* ¿Cómo se oscureció? Lo dice más claramente en lo que sigue: *Alardeando de sabios, se embrutecieron*². Vieron dónde debían llegar; mas, desagradecidos para quien les había dado la vista, prefirieron atribuirse a sí lo que habían visto. al ensoberbecerse, perdieron lo que habían visto, y entonces fue cuando se inclinaron ante los ídolos, las imágenes y esculturas de los demonios, adorando a la criatura con desprecio del Creador. Ya antes de prostituirse habían caído, y antes de caer se habían ensoberbecido. Y al llenarse de soberbia fue cuando se creyeron sabios. Estos de que habla el Apóstol como conocedores de Dios vieron, lo mismo que dice San Juan, que el Verbo había creado todas las cosas. Estas verdades las encierran ya los libros de los filósofos, aun la de que Dios tiene un Hijo Unigénito, por quien ha hecho todas las cosas. Esto lo vieron en su verdad, pero lo vieron de lejos, y no quisieron aceptar la humildad de Cristo, la nave donde hubieran llegado con toda seguridad adonde había visto de lejos. Les pareció vil la cruz de Cristo. Teniendo que atravesar el mar ¿desprecias la nave? ¡Oh sabiduría soberbia!, que te burlas de Cristo, a quien has visto desde lejos: *En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba en Dios.* ¿Por qué fue crucificado? Porque te era necesario el madero de su humildad. Hinchado por la soberbia, habías sido echado lejos de aquella patria. Está interrumpido el camino con las olas de este mundo; no hay otro medio de llegar a la patria si no tomas el madero. El es tu camino, pero a través del mar. El lo ha recorrido primero³, para indicarte que el camino va por el mar. Tú no puedes andar, como él, sobre las aguas; tienes, pues, que ir en una nave, en un madero. Cree en el Crucificado y podrás llegar. Ha sido

crucificado por ti, quería enseñarte la humildad. Si hubiera venido como Dios, no lo hubiera conocido. No podía presentarse como Dios a los que no podían ver a Dios. Como Dios ni viene ni se va, porque está presente a todos los sitios y no es limitado por ninguno. ¿En qué forma vino? Revelándose como hombre.

5. Porque se hizo hombre, y ocultó su divinidad envió delante de sí oro hombre por cuyo testimonio se revelase más que otro hombre. ¿Quién es éste? *Hubo un hombre*. Para que su testimonio sobre Dios fuese verdadero *fue enviado por Dios*? ¿Cómo se llamaba? *Su nombre era Juan*. ¿A qué vino? *Vino para testimoniar. Para dar testimonio de la Luz, para que todos creyesen en ella*. ¿Quién es éste que da testimonio de la Luz? Cosa grande tiene que ser este Juan. Gran mérito, gran gracia, grande cumbre. Admíralo, admíralo de verdad, como a un monte. El monte, si no es revestido de la luz, está en tinieblas. Admira a Juan; pero oye lo que sigue: *Ni era él la Luz*. Si creyeras que el monte es la Luz, podrías encontrar en él la muerte en vez de la vida. En el monte debes admirar nada más que al monte como tal. Levántate a aquel que ilumina al monte el cual, a su vez, se ha levantado también para recibir primero los rayos que él después envía a tus ojos. *El no era, pues, la Luz*.

6. ¿Para qué vino entonces? *Para dar testimonio de la Luz*. Y este testimonio, ¿a qué fin? *Para que todos creyesen por su medio*. ¿Qué luz es la que anuncia? *Existía la luz verdadera*. ¿Qué añade verdadera? El hombre iluminado es luz; pero la Luz verdadera es la que ilumina. También nuestros ojos se llenan de luces, sin embargo, si de noche no se enciende una candela, o de día no sale el sol, inútilmente se abren estas luces de los ojos. De este modo, Juan era la luz, pero no la luz verdadera. Con la iluminación se convierte en luz; sin ella, en tinieblas. si no es iluminado, sigue siendo tinieblas, como todos los ímpios a los que, después de convertirlos, escribe el Apóstol: *Fuisteis un tiempo tinieblas*. Y ahora, después que han creído, dice: *Y ahora, luz en el Señor*⁴. No entenderíamos si no añadiese: *En el Señor, Luz, dice en el Señor*; tinieblas no eran en el Señor. *Fuisteis un tiempo tinieblas*. Aquí no dijo en el Señor. Tinieblas, pues, en vosotros; luz en el Señor.

7. Pero, ¿dónde está la luz misma? *Estaba la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo*. Si ilumina a todo hombre que viene, también al mismo Juan. El iluminaba, por tanto, a aquel por quien quería ser manifestado. Entiéndame vuestra Caridad. Venía

a mentes débiles, corazones enfermos, a alma de ojos legañosos. Aquí venía. ¿Y cómo podría el alma ver al que es perfecto? De la misma manera que nos damos cuenta de que ha salido el sol, que no podemos ver en sí mismo por los cuerpos en que se refleja. El que tiene los ojos enfermos puede ver la pared iluminada y brillante por el sol, el monte, el árbol o cosa parecida. Los que no pueden ver tan fácilmente la salida misma del sol se dan cuente de ella por los otros cuerpos que ilumina. Los hombres a quienes venía Cristo no podían fácilmente verlo a él. Irradió sobre Juan. Y de él, que confiesa no ser el que irrada e ilumina, sino el irradiado e iluminado, conocen los demás a Aquel que ilumina, a Aquel que ilustra, a Aquel que todo lo llena. Si no se hubiera retirado de allí (de Cristo), no tendrá necesidad de tal luz; tiene ahora que ser iluminado porque se retiró de Aquel por quien el hombre puede estar siempre en luz.

8. Entonces, si (el Verbo) ha venido, ¿dónde estaba? *Estaba en este mundo*. Estaba aquí y vino aquí; estaba aquí por su divinidad; vino aquí según la carne. Estando como estaba aquí por la divinidad, no podía ser visto por los necios, los ciegos y los impíos. Los malos son las tinieblas, de que se habla en el texto: *La luz en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron*. Aquí estás ahora, aquí estaba, aquí estará siempre, y en ningún tiempo o lugar se retira. Es necesario que te hagas de un medio para ver al que nunca se separa de ti. Es necesario que tú no te separes de quien nunca se separa de ti. Es necesario que tú no abandones para que no seas abandonado. No caigas tú, y El no te dejará de la vista, si tú caes, El se te ocultará, si tú te mantienes firme, el se mantendrá a tu lado⁵.

Desgraciadamente, no te has mantenido en pie. Recuerda de donde has caído, de donde te arrojó el que cayó primero que tú. Te ha arrojado no por la fuerza o violencia, sino por tu propia voluntad. Si no hubieses consentido con el mal, hubieras permanecido en pie, en la luz. Ahora que te encuentras caído, que está enfermo tu corazón, el único que puede ver aquella luz, viene a ti de forma que puedes verlo, se te aparece como hombre y busca el testimonio de un hombre. Dios pide a un hombre que de testimonio de el. Dios tiene por testigo a un hombre. Dios escoge por testigo a un hombre en favor del mismo hombre, tan débiles somos. Como la antorcha buscando el día⁶. Juan fue llamado antorcha por el mismo Señor, cuando dijo: *El era una antorcha encendida y luciente, y vosotros pensasteis alegraros por un momento con su luz, pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan*⁷.

9. Así probó que había escogido como testigo a la antorcha para bien de los hombres, de los que habían de creer y para confundir con la luz de la antorcha a sus enemigos. A aquellos mismos enemigos que le preguntaron para cogerlo: *Dinos, ¿con qué poder haces esas cosas?* Respondió El: *Os voy a hacer Yo a vosotros también una pregunta: Decidme: ¿de dónde era el Bautismo de Juan, de Dios o de los hombres? Y se turbaron y dijeron entre sí: Si decimos que de Dios, nos dirá: ¿Por qué no habéis creído entonces en él?* (Pues él había testimoniado en favor de Cristo y había dicho: Yo no soy Cristo, sino Aquel). *Pero si decimos que de los hombres, debemos temer que el pueblo nos apedreee, pues tiene a Juan por Profeta*⁸. Tenían miedo a las piedras, pero mayor a la confesión de la verdad, y así, respondieron falsamente a la Verdad. *La iniquidad mintió contra sí misma*⁹. Dijeron: *No sabemos.* Y porque, negando lo que sabían, cerraron contra su daño, el Señor no les abrió porque tampoco llamaron. Pues escrito está: *Llamad y se os abrirá*¹⁰. Estos no solamente no llamaron para que se les abriese, sino que negando, se cerraron a sí mismos la puerta. Por esto les dijo el Señor: *Pues Yo tampoco os digo en qué poder hago estas cosas.* Y fueron confundidos por el mismo Juan y se verificó de esta manera en ellos el texto: *He preparado una antorcha a mi Cristo; a sus enemigos, en cambio, los llenaré de confusión*¹¹.

10. *En el mundo estaba y el mundo fue hecho por El.* No pienses que estaba en el mundo a la manera com están en él la tierra, el cielo, el sol, la luna y las estrellas, los árboles, los animales, los hombres. El no estaba así en el mundo. *¿Cómo estaba entonces?* Como está el artífice que gobierna lo que ha hecho. El no obró, como obra el fabricante. La obra que hace el artífice está fuera, queda puesta en otro sitio cuando se está fabricando, y aunque esté cerca, él se sienta en otro sitio, siempre fuera de la obra que realiza. Dios, en cambio, hace al mundo dentro del mundo, siempre en él opera, nunca se le separa, no queda fuera, como lo está el que da vueltas a la masa que está modelando. Con la presencia de su grandeza hace lo que hace, con su presencia gobierna lo que hizo. Su presencia en el mundo fue tal, que por ella fue hecho el mundo: *Y el mundo fue hecho por El, y el mundo no lo conoció.*

11. *¿Qué significa el mundo fue hecho por El?* Se llama mundo el cielo, la tierra, el mar y todas las cosas que hay en él. También con otro sentido se llama mundo a sus amadores. *El mundo fue hecho por*

El, y el mundo no lo conoció. ¿Acaso los cielos no conocieron a su Creador? ¿Acaso los ángeles o las estrellas tampoco conocieron a Aquel que confiesan los demonios? Todas las cosas en todas partes dieron testimonio de El. ¿Quiénes son los que no lo conocieron? Los que por amar al mundo se llamaron mundo. El amor es como un habitar de corazón. Por su amor pudieron ser llamados con el nombre de aquel donde habitaban. Como cuando decimos: aquella casa es buena, aquella otra es mala. En la que llamados mala no acusamos a las paredes, ni en la que decimos buena, alabamos los muros, sino que llamados malos o buenos a los moradores de ella. Así llamamos mundo a los que habitan en él por el amor.

¿Quiénes son éstos? Los que aman al mundo. Estos son los que viven en él de corazón. Los que no aman al mundo, se encuentran en él corporalmente, pero con el corazón están en el cielo, conforme a la frase del Apóstol: *Nuestra morada está en los cielos*¹². Este es el sentido de: *El mundo fue hecho por El, y el mundo no lo conoció.*

12. *Vino a su casa*, porque todas estas cosas fueron hechas por El. Y los suyos no le recibieron. ¿Quiénes son los suyos? Los hombres que creó. Los judíos, que prefirió a todas las naciones. Las demás gentes adoraban los ídolos y servían a los demonios. El pueblo judío, nacido de la sangre de Abraham, era especialmente suyo, porque le estaba ligado por vínculos de parentesco carnal. *Vino a su casa, y los suyos no le recibieron.*, ¿Es que no lo recibieron en absoluto? ¿Nadie lo recibió? ¿Nadie se salvó entonces, ya que nadie se puede salvar si no recibe a Cristo Encarnado?

13. Por esto añade: *Y cuantos le recibieron.* ¿Qué dio a éstos? Gran benevolencia, gran misericordia. Hijo Unigénito, no quiso estar solo. Muchos hombres que no han tenido hijos se adoptan otros en su ancianidad, logrando así por amor lo que les negó naturaleza. Esto hacen los hombres. Y si uno tiene un hijo nada más, se alegra tanto más, porque este sólo ha de heredarlo todo y no quedará pobre, al no tener con quién condivider la hacienda. ¿Dios no procede así? Al único Hijo que había engendrado y por quien había creado todas las cosas, lo envía a la tierra, para que no fuese solo, sino que tuviese otros hermanos por adopción. Porque nosotros no hemos nacido de Dios como aquel Unigénito, sino que hemos sido adoptados por gracia suya. Aquel Unigénito vino al mundo para redimirnos de los pecados que nos tenían atados y con cuyo impedimento no podíamos ser adoptados. Nos quiso hacer sus hermanos y nos libertó e hizo sus

coherederos. Así lo dice el Apóstol: *Y si hijo, también heredero por Dios*¹³. Y otra vez: *Herederos de Dios y coherederos de Cristo*¹⁴. No temió tener conherederos, porque su herencia no es estrecha, aunque muchos entran en ella. Los mismos que entran a poseer se convierten en herencia de él y él en herencia de ellos. Escucha de que manera pasan a ser herencia de él: *El señor me ha dicho: Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy; pídemelo, y te daré las gentes como herencia tuya*¹⁵. ¿Y cómo se hace El herencia nuestra? Dice el Salmo: *El señor es la parte de mi herencia y de mi copa*¹⁶. Que nosotros lo poseamos y que el nos posea; que él nos posea como Señor y que nosotros lo poseamos como Vida y como Luz. ¿Qué es lo que ha dado a los que lo recibieron? *A los que creen en su nombre les dio poder de llegar a ser hijos de Dios.* Para que se agarren a la cruz y pasen al mar.

14. ¿Y cómo nacen estos hijos? Porque si son hijos de Dios y hermanos de Cristo, ciertamente tienen que haber nacido. si no hubieran nacido, ¿cómo pueden ser hijos? Los hijos de los hombres nacen de la carne y de la sangre, de la voluntad humana y de la unión matrimonial. Mas estos hijos de Dios, ¿cómo nacen? *No de la sangre, no de hombre y de mujer... No de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre.* La carne está puesta por la mujer, porque, cuando la mujer fue creada de la costilla de Adán, dijo este: *Esto ahora es hueso de mis huesos y carne de mi carne*¹⁷. Y el Apóstol dice: *El que ama a su esposa, se ama a sí mismo, porque ninguno odia nunca a su propia carne*¹⁸. La carne, por tanto, significa a la mujer, como algunas veces el espíritu significa al hombre. El marido gobierna, la mujer es gobernada; el marido manda, la mujer sirve. La casa donde manda la carne y sirve el espíritu va mal. ¿Qué hay peor que una casa donde la mujer manda sobre el marido? En la casa ordenada manda el marido y obedece la mujer. el mismo hombre entonces obra rectamente, cuando obedece su carne y manda su espíritu.

15. *Estos, pues, han nacido no de la voluntad de la carne ni del hombre, sino de Dios.* Mas para que los hombres pudieran nacer de Dios, Dios quiso nacer primero de los hombres. Cristo es Dios y Cristo Dios ha nacido de los hombres. Es verdad que no buscó sino una madre en la tierra, porque ya tenía Padre en el cielo. Nació de Dios para crearnos; nació de la mujer para crearnos segunda vez¹⁹. No te extrañas, pues, oh hombre, de que seas hecho hijo de Dios, por la gracia, pues naces de Dios conforme su Verbo. Primero quiso que

su Verbo naciese del hombre, para que tu estuvieses más cierto de tu nacimiento de Dios, pudiendo decir: Dios ha querido nacer del hombre, porque me ha estimado en algo. Para hacerme inmortal, ha querido nacer El mortal, por mí. De esta manera, cuando luego nos comunicase que habíamos nacido de Dios, no nos extrañásemos y horrorizásemos de tan enorme favor. Nos tenía que parecer increíble que nosotros pudiésemos nacer de Dios. Por eso para tranquilizarnos nos dice: *El Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros*. No te extrañes, por tanto, de que los hombres nazcan de Dios. Pondera más el que Dios ha nacido de los hombres. *El Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros*.

16. Al hacerse el Verbo hombre y habitar entre nosotros, con su nacimiento forma el colirio que limpia los ojos de nuestro corazón y puedan ver su majestad a través de su humildad. Porque la curación de nuestros ojos se debe a que el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros, añade: *Y hemos visto su gloria*, nadie hubiera podido ver su gloria, si antes no hubiera sido curado con la humildad de su encarnación. ¿Cuál era el origen de nuestra ceguera? Atienda vuestra caridad y vea lo que digo. Había caído como polvo en los ojos del hombre, le había caído tierra, había enfermado su vista, no podía ver la luz. el ojo enfermo es después ungido para que sane, con tierra, porque con tierra había enfermado. Habías cegado por el polvo y el polvo te sana. La carne te había cegado y la carne te sana. Por consentir en los afectos carnales, el alma se había hecho carnal. Así es como había cegado el ojo del corazón. *El Verbo se hizo carne*. Este es el médico que te preparó el colirio. Y porque el Verbo vino para borrar por la carne las manchas de la carne y matar la muerte con la muerte, es una realidad que porque el Verbo se hizo Hombre, tú puedes decir: *Y nosotros hemos visto su gloria*. ¿Qué gloria? La gloria de haberse hecho hijo del hombre tal vez. Esto es su humildad, no su gloria. ¿A dónde llega entonces la vista del hombre, curada ya por la Encarnación? Dice: *Hemos visto su gloria, la gloria propia del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*. De la gracia y de la verdad trataremos en otro lugar en el mismo Evangelio más largamente, si el Señor nos lo concede. Ahora bastan estas cosas. Edificaos en Cristo, confortaos en la fe y velad con las buenas obras. Y no os separéis del madero con que habéis de atravesar el mar.

NOTAS

1. Ex., 3, 14.
2. Rom., 1, 20.
3. Mt., 14, 25.
4. Ef., 5, 8.
5. Non deseras et non desereris. Noli cadere, et non tibi occident. Si tu feceris casum, ille tibi facit occasum; si autem tu stas, praesens est tibi. Todas esas frases son explicación del principio general, de que Dios no abandona, si no es abandonado primero.
6. Per lucernam quaerimus diem.
7. Jn., 35, 5, 36.
8. Mt., 21, 23, ss.
9. Salm., 25, 12.
10. Mt., 7, 7.
11. Salm., 17, 18.
12. Fil., 3, 20.
13. Gal., 4, 7.
14. Rom., 8, 17.
15. Salm., 2, 7.
16. Salm., 15, 5.
17. Gn., 2, 23.
18. Ef., 5, 28.
19. Natus ex Deo per quem efficeremur; et natus ex femina, per quem reficeremur.

TRATADO III

Sobre el texto: *Juan da testimonio de El, etc., hasta: El Hijo Unigénito que está en el seno del Padre, El mismo lo ha contado* (1, 15-18).

1. En el nombre del Señor me he propuesto tratar, y también lo he prometido a vuestra Caridad, sobre la gracia y verdad con que se ha mostrado a los Santos lleno el Unigénito Hijo Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, como de cosa característica del Nuevo Testamento. Estad, pues, atentos, para que Dios nos dé cuanto yo puedo recibir y vosotros oigáis cuanto podéis también recibir. Después no quedará otro trabajo sino el abrirse la tierra, cubrirse y germinar la semilla que se esparce en vuestros corazones, si no la roban las aves, la ahogan las espinas o el calor la seca, y si viene después el agua de las exhortaciones ordinarias y vuestros pensamientos buenos, que empeñan en el corazón un oficio semejante al del arado en la tierra. Así llevaréis el fruto que alegrará y regocijará al labrador. Si, a pesar de la buena semilla y de la lluvia buena, no damos fruto, sino espinas, la culpa no será para la semilla o para la lluvia, sino que con las espinas nos preparamos el fuego merecido.

2. Somos cristianos, y de esto no necesita convencernos vuestra Caridad. Si somos cristianos, ya por el mismo nombre estamos diciendo que somos de Cristo. En las frentes llevamos su señal. Y de ello no nos avergonzaremos, si la llevamos también en el corazón. Su señal es su humildad. Los Magos lo conocieron por la estrella, un signo sobre el Señor grande y celestial. Para los fieles no ha querido que sea la estrella la señal que lleven en la frente, sino la cruz. Su humillación fue su gloria. Allí levantó El a los humildes, donde llegó en su humillación. Pertenecemos al Evangelio, pertenecemos al Nuevo Testamento. *La Ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad ha sido hecha por jesucristo.* Preguntamos al Apóstol, y nos dice que no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia¹. *Envió, pues a su Hijo formado de una mujer, sometido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la filiación adoptiva*².

Mira para lo que vino Cristo, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que ya no estemos bajo al Ley, sino bajo la gracia. ¿Y quién dio la Ley? Dio la Ley el que dio la gracia. Pero la Ley la mandó ò por medio de un siervo. Con la gracia vino El personalmente. ¿Y cómo los hombres habían quedado bajo la Ley? Por no cumplirla. Porque el que la cumple,, no está bajo la Ley, sino con la Ley. Pero el que bajo la Ley, es oprimido, no levantado, por la Ley. De modo que la Ley hace reos a todos los hombres que están bajo ella. Está precisamente sobre sus cabezas para mostrarles sus faltas, no para quitarlas. La Ley manda, el legislador se compadece por lo que manda la Ley. Porque los hombres se empeñaron en cumplir con sus propias fuerzas lo que mandaba la Ley, cayeron por su presunción temeraria y resbaladiza. Y ya no están con la Ley, sino bajo la Ley como reos. Así bajo la Ley viendo que no podían cumplirla con sus propias fuerzas, pidieron el auxilio del Liberador. El peso de la Ley formó en los soberbios la conciencia de su debilidad. Y la conciencia de la propia debilidad en los soberbios causó la confesión de los humildes. Ya los enfermos confiesan que están enfermos. Que venga el médico y sane a los enfermos.

3. ¿Qué médico? Nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién es Nuestro Señor Jesucristo? Aquel que fue visto por los mismos que lo crucificaron. Aquel que fue atado, abofeteado, escupido, coronado de espinas, suspendido en la cruz, muerto, alanceado, bajado de la cruz, sepultado. Ese mismo Señor Nuestro Jesucristo, el mismo enteramente. El es el único médico de nuestra heridas, el crucificado, el insultado, el que cuando colgaba de la cruz movían la cabeza los enemigos diciendo: Si es Hijo de Dios que baje de la cruz³. El es nuestro único médico, El nada más. ¿Por qué no mostró a sus injuriadores que era Hijo de Dios, a pesar de que había permitido que lo crucificasen, bajando de ella, cuando ellos le decían: *Si es Hijo de Dios, que baje de la cruz?* Así hubiera mostrado que era verdaderamente Hijo de Dios El, a quien se habían atrevido a mofar. No quiso. ¿Y por qué no quiso? ¿Es que no pudo? De ninguna manera. ¿Qué es más grande, bajar de la cruz o levantarse del sepulcro? Prescindió de los que lo insultaban. Porque la cruz no debía ser prueba de potencia, sino ejemplo de paciencia. Allí curó tus heridas, donde sufrió largamente las tuyas. Allí te libró de la muerte eterna, donde El se dignó morir temporalmente. Murió El. ¿No murió también en El la muerte? ¿Qué muerte es la que mató a la muerte?

4. El es solo, Nuestro Señor Jesucristo, el que era visto, atado y crucificado. ¿Pero es este Cristo todo? El es, pero no Cristo todo, lo que veían los judíos no es Cristo todo. ¿Qué es entonces? *En el principio existía el Verbo. En qué principio? Y el Verbo estaba en Dios. ¿Qué Verbo? Y el Verbo era Dios.* ¿Por ventura el Verbo fue hecho por Dios? No. Porque *El Verbo estaba en el principio en Dios*. Pero entonces, ¿es que las otras cosas que ha hecho Dios no son semejantes al Verbo? No, pues *todas las cosas han sido hechas por El y sin El nada se ha hecho*. ¿Cómo fueron hechas por El todas las cosas? Porque, *lo que ha sido hecho, era vida en el*. Ya antes de ser hecho era vida. Lo que ha sido hecho no es vida (en sí), sino en el arte, esto es, en la sabiduría de Dios era vida, ante de ser hecho. Lo que fue hecho pasó; lo que está en la sabiduría no puede pasar. En El, pues, era vida lo que ha sido hecho. ¿Qué vida? Porque el alma es vida del cuerpo; nuestro cuerpo tiene su vida; en perdiéndola, viene la muerte del cuerpo. ¿Era así aquella vida? No, sino que *la vida era luz de los hombres*. ¿Acaso la luz de los animales? Pues una es la luz de los hombres y de los animales. Hay también una luz propia de los hombres. Si nos fijamos en lo que difieren los hombres de los animales, entenderemos cual es la luz propia de los hombres. Te diferencian del animal nada más que por el entendimiento, no te gloríes de otra cosa. ¿Presumes de tus fuerzas? Pues te superan las bestias. ¿Presumes de la ligereza? Te superan las moscas. ¿Presumes de la hermosura? Cuánta mayor es la de las plumas del pavo real. ¿Dónde está tu excelencia? En que eres imagen de Dios. ¿Dónde está la imagen de Dios? En la mente, en el entendimiento. Eres mejor que el animal, porque tienes una inteligencia con que comprendes lo que el no puede comprender. En esto eres hombre, en esto superas al animal. La luz de los hombres es la luz de la inteligencia. La luz de la inteligencia está sobre la inteligencia misma, supera todas las inteligencias. Esta es aquella vida por la que fueron hechas todas las cosas.

5. ¿Dónde estaba? Aquí estaba. ¿O es que estaba en el Padre y aquí no? ¿O es más cierto que estaba en el Padre y aquí también? Y si estaba aquí, ¿por qué no se dejaba ver? Por que *la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron*. ¡Oh hombres! No seáis tinieblas, no seáis infieles, injustos, inicuos, rapaces, avaros, amantes del mundo. Estas son las tinieblas. La luz no está fuera; sois vosotros los que estáis fuera de la luz. El ciego al sol tiene presente al sol, pero él está fuera del sol. No seáis, pues, tinieblas. Esta es, en verdad, la

gracia de que voy a hablar, que no seamos ya tinieblas para que nos pueda decir el Apóstol: *Fuisteis un tiempo tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor*⁴.

Porque la luz de los hombres, esto es, la luz de la inteligencia, no se veía, fue necesario que un hombre diese testimonio de la Luz, un hombre ya iluminando. No en tinieblas. Aunque no por estar iluminando era la Luz misma. Solamente era testigo de luz, no la luz. ¿Quién era la luz? Otro era la Luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene al mundo. ¿Dónde estaba esta luz? *Estaba en el mundo*. ¿Cómo estaba en el mundo? ¿Por ventura estaba en el mundo como está la luz del sol, de las estrellas o de las lámparas? No así, sino porque *el mundo fue hecho por El y el mundo no lo conoció*. Esto significa: *La luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron*. El mundo es las tinieblas; los amadores del mundo, son el mundo. ¿Es que la creación no conoció a su Creador? El cielo dio testimonio por su estrella⁵; lo dio también el mar, cuando llevó el Señor andando sobre él; lo dio la tierra, cuando se estremeció en su crucifixión. Todas estas cosas dieron testimonio. Por el mundo, pues, que no lo conoció se entiende el mundo de los que le aman, de los que viven de corazón en el mundo. El mundo es malo, porque son malos los que lo aman, como es mala la casa, no por sus paredes, sino por sus moradores.

6. *Vino a su casa*, esto es, a los suyos, y *los suyos no lo recibieron*. ¿Qué esperanza queda, sino que a *los que lo recibieron les dio el poder ser hijo de Dios*? Si son hijos, nacen; si nacen, ¿cómo nacen? No de la carne: *no de la sangre, no de la voluntad de la carne, no de la voluntad del hombre, sino de Dios ha nacido*. Que se alegran de haber nacido de Dios, que presuman de su parentesco con Dios; que guarden el acta de su nacimiento divino. *Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros*. Si el Verbo no se avergonzó de haber nacido del hombre, ¿se podrá avergonzar el hombre de haber nacido de Dios? Obrando así nos curó, y porque nos curó, vemos. Este haberse hecho el Verbo hombre y haber habitado entre nosotros fue nuestra medicina. Como estábamos ciegos por la tierra, teníamos que sanar por la tierra también. Y ahora sanados, ¿qué es lo que vemos? *Y hemos visto, dice, su gloria, la gloria propia del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*.

7. *Juan da testimonio de El y clama diciendo: Este es de quien dije: el que viene en pos de mi, es anterior a mí*. Viene en pos de mí y me ha precedido. ¿Qué significa: *es anterior a mí*? Me ha precedido

do. No que fue hecho antes de que yo lo fuese. Es superior a mí; esto significa: *fue hecho antes que yo*. ¿Cómo puede ser anterior a ti, si viene después de ti? *Porque existía antes que yo*. ¿Antes que tú, oh, Juan? ¡Cuán grande, si es antes que tú! En verdad, pues tu das testimonio de El. Oigamos a El mismo cuando habla: *Yo soy antes que Abraham*⁶. Abraham nació en plena historia humana. Hay muchos antes de él y muchos detrás. Oigamos al Padre que habla al Hijo: *Antes que el Lucero matutino te engendré*⁷. El que es engendrado antes que el Lucero matutino, ilumina a todos. Uno que cayó es llamado Lucero de la mañana. Era ángel y después fue demonio. De él dice la Escritura. El Lucero que salía por la mañana, cayó⁸. ¿De dónde (le viene el nombre de) Lucero? De que lucía iluminado. ¿Cómo se convirtió en tinieblas? Porque no se mantuvo en la verdad. Aquel pues, que es anterior al Lucero, fue también iluminado antes que todos Aquel por quien son iluminados todos los que pueden ser iluminados.

8. Por esto sigue: *Y de su plenitud todos nosotros hemos recibido*. ¿Qué habéis recibido? Gracia por gracia. Así rezan las palabras del Evangelio confrontadas con los códices griegos. No dice: y de su plenitud nosotros hemos recibido gracia por gracia, sino que dice: *y de su plenitud todos nosotros hemos recibido, y gracia por gracia*, esto es: hemos recibido. Y no se lo que ha querido significar con que hemos recibido de su plenitud y sobre esto, gracia por gracia. Hemos recibido de su plenitud, ante todo, gracia, y de nuevo recibimos, gracia por gracia. ¿Qué gracia hemos recibido primero? La fe. Viviendo en la fe, vivimos en la gracia. ¿Cómo hemos merecido esto? ¿Cuáles han sido nuestros preméritos? No os contentéis con llevarlos la mano a la cabeza, penetrad más bien en vuestras conciencias, escudriñad el secreto de vuestros pensamientos, repasad la historia de vuestra vida. No miréis lo que sois, si sois algo; mirad más bien lo que habéis sido antes de ser lo que sois. Encontraréis que no habéis merecido sino castigos. Has sido digno, de penas y ha venido Cristo no para castigar los pecados, sino para perdonarlos. Esta es la gracia que se te ha dado, no una recompensa.

El nombre de gracia viene de que se da gratuitamente. No has comprado con méritos anteriores lo que has recibido. La primera gracia que ha recibido el pecador ha sido esta de que se le perdonasen sus pecados. ¿Qué es lo que mereció? Que lo pregunte a la misericordia y le responderá que gracia. Esto es lo que Dios había prometido

por sus profetas. Así cuando vino a dar lo que había prometido, no sólo dio gracia, sino cumplió también con la verdad. La verdad se muestra en que se cumple con lo que se había prometido.

9. ¿Qué significa pues, *gracia por gracia*? Con la fe merecemos a Dios. Los que no éramos dignos de que se nos perdonasen los pecados, porque, sin merecerlo, hemos recibido un don tan grande, hemos recibido una gracia. ¿Qué es la gracia? Una cosa dada gratuitamente. ¿Y qué es gratuita? La que se da, no la que se devuelve. Si se debía, se nos da una merced, no una gracia. Y si realmente se te debía, es que fuiste bueno. Mas, si, como ha sucedido en realidad, fuiste malo, y has creído en el que justifica al impío, en el que al impío hace piadoso, piensa en lo que te correspondía conforma a justicia y en lo que has recibido por la gracia. Obtenida esta gracia de la fe, tu justicia será por la fe. *Porque el justo vive de la fe*. Viviendo conforme a la fe, merecerás a Dios. Mereciendo a Dios con la vida conforme a la fe, recibirás como premio la inmortalidad, y la vida bienaventurada. Y ésta gracia es también. Porque, ¿por qué mérito recibes la vida eterna? Por la gracia. La fe es una gracia y la vida eterna es como el fruto de la fe. Parece que Dios da la vida eterna como cosa debida al fiel, al que la ha merecido por la fe. Mas como la fe es gracia, la vida, eterna es gracia por gracia.

10. Oye a S. Pablo, que confiesa la gracia y exige después el premio. ¿Qué confesión hace Pablo de la gracia? *Yo fui primero blasfemo y perseguidor e injuriador, pero he obtenido, dice misericordia*¹⁰. Confiesa que necesitaba conseguirla, pero que la ha conseguido no por sus méritos, sino por la misericordia de Dios.

Oye ahora, como él, que había recibido una gracia inmerecida, exige después el premio. *Yo, dice, voy a derramar mi sangre en libación, el monumento de mi partida es inminente. He luchado noble combate, he llegado al término de la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, reservada me está la corona de tu justicia*. Aquí pide el premio, lo exige: mira si no a lo que sigue: *Con la cual me galardonará en aquel día el Señor, el justo Juez*¹¹. Para recibir la gracia tenía necesidad del Padre misericordioso; para el premio de la gracia, del justo Juez. Quien no condenó al impío, ¿condenará al fiel? Y, sin embargo, si bien lo piensas, Dios te ha dado la fe antes de que fueses digno de El. De ti nada has merecido, nada te es debido. Cuando te da después el premio de la inmortalidad, completa sus dones, no tus méritos¹².

Hermanos, todos, pues, hemos recibido de su plenitud, de la plenitud de su misericordia, de la abundancia de su bondad. ¿Qué cosa? El perdón de los pecados, para ser justificados por la fe. ¿Qué más? Y gracia por gracia, esto es, por la gracia de la vida, por la fe, hemos de recibir otra verdadera gracia. Si digo que esto se debe, me adjudico algo, como propio. Dios corona en nosotros los dones de su misericordia, a condición de que vivamos con constancia en la primera gracia que hemos recibido.

*Porque la Ley se nos dio por Moisés*¹³, y nos hacía reos. ¿Qué dice el Apóstol? *La Ley se atravesó para que creciese el delito*¹⁴. Esto lo merecían los soberbios, para que creciesen sus pecados. Cuanto tenían de bueno se lo atribuían a sí y a sus fuerzas, no pudiendo cumplir con la justicia, si no les ayudaba Aquel que lo había mandado. Dios, queriendo domar su soberbia, dio la Ley, como diciendo: Ahora practicad, no penséis que falta Legislador. No falta quien mande, sino quien cumpla.

12. Si falta quien cumpla la Ley, ¿a qué se debe esto? A que el hombre ha nacido con el germen del pecado y de la muerte. Nacido de Adán, trae consigo lo que él engendró. Pecó el primer hombre y cuantos nacen de él heredan la concupiscencia de la carne. Por esto convenía que naciese otro hombre que trajese consigo esta herencia. Hombres ambos, el uno nos trajo la muerte y el otro la vida. Así nos lo dice el Apóstol: *Pues que por un hombre nos vino la muerte, por otro nos viene la resurrección*¹⁵. ¿Por qué hombre la muerte y por cuál la resurrección? No te apresures. Sigue y dice: *Como en Adán mueren todos, así en Cristo serán todos resucitados.*

Pertenecen a Adán cuantos han nacido de él. Y a Cristo, los que han nacido por El. Todos los hombres nacen en pecado, porque no hay ninguno que no venga de Adán. El nacimiento de Adán fue necesidad y castigo. El nacimiento por Cristo fue amor y gracia. De Cristo, libremente; de Adán, por necesidad. Todos somos pecadores, porque todos hemos nacido de Adán. Y los que nacen por Cristo son justos y se justifican no por sí, sino por Cristo. Los hombres por naturaleza son de Adán; por gracia son de Cristo. Jesucristo Nuestro Señor es nuestra Cabeza, libre de pecado, aunque vino revestido de nuestra carne mortal.

13. La muerte era pena de los pecados, pero en el Señor fue efecto de su misericordia, no pena. No había en El nada por donde mereciese la muerte. El mismo lo dice: *viene ahora el príncipe de este*

*mundo, pero no tiene nada en Mí. ¿Por qué mueres entonces? Pues para que todos conozcan, que cumple la voluntad de mi Padre, levantaos, salgamos de aquí*¹. Sin tener por qué morir, murió. Tú tienes por qué morir y te resistes. Acepta con resignación sufrir para tu mérito lo que El se dignó sufrir para librarte de la muerte entera. Hombre uno y otro. Adán, hombre puro; Cristo, Dios hombre. Adán, pecador. Cristo, Justo. Has muerto en Adán, resucita por Cristo. Ambas cosas se relacionan contigo. Ya has creído en Cristo; pagarás la deuda de muerte que traes de Adán. Pero no será eterna esta muerte que introdujo el pecado, porque la muerte temporal de tu Señor mató la eterna tuya. Esta es, hermanos míos, la gracia; esta es la verdad que se nos ha prometido y mostrado.

14. Esta gracia no existía en el Antiguo Testamento, porque la Ley no era una ayuda, sino una amenaza. Mandaba, pero no sanaba; revelaba la enfermedad sin quitarla. Así preparaba la venida del médico que traería la gracia y la verdad. Era como el siervo que es enviado de antemano para ligar al enfermo que quiere curar el médico. El hombre no estaba sano, no quería sanar tampoco. No podía sanar, porque se jactaba como si no estuviese enfermo. Vino la Ley, ató al enfermo; se reconoce ya reo y se queja de la atadura. Viene el Señor, le cura con medicinas un tanto amargas y ásperas. Dice, pues, al enfermo: Sufre, soporta. No ames al mundo. Ten paciencia. Te curará el fuego de la continencia. Tus heridas tendrán que aguantar la espada de las persecuciones. Tú te horrorizabas, aunque estabas atado. Y Cristo que estaba enteramente libre bebe lo que te ofrece; padece el primero para consolarte, como diciendo; lo que tú temes padecer por ti mismo, lo sufro Yo antes por ti. Esta es la gracia y gran gracia. ¿Quién la podrá dignamente alabar?

15. Hablo, hermanos míos, de la humildad de Cristo. ¿Quién ponderará la majestad y la divinidad de Cristo? Para hablar, aunque sea algo nada más de su humildad, me siento insuficiente y aun nada. Por esto lo dejo a vuestra consideración, pues no me basta para tal tema. Pensad en la humildad de Cristo. ¿Pero quién nos lo explicará, diréis, si tú no nos hablas de ella? Que el mismo Cristo os hable dentro. El, que está dentro, os la explicará mejor que yo con mi voz desde fuera. El, que ha querido habitar en vuestros corazones, se digne mostraros la gracia de la humildad.

Y si no nos bastamos para explicar y ponderar su humildad, ¿qué podremos decir de su majestad? Si el Verbo hecho carne nos anonada,

¿podremos hablar del Verbo en su existencia eterna? Pensad vosotros, hermanos, en esta gran verdad.

16. *La Ley se nos dio por Moisés; la gracia y la verdad ha sido hecha por Cristo.* La Ley dada por el siervo nos hace reos; la gracia concedida por el Emperador pone en libertad a los reos. *La Ley fue dada por Moisés.* Que el siervo no se atribuya más de lo que ha hecho. Como hombre de gran confianza en la casa ha sido escogido para un gran ministerio, pero en calidad de siervo no puede nada más que obrar conforma a la Ley; librarse de ella no puede. *La ley ha sido dada por Moisés;* la gracia y la verdad ha sido hecha por Jesucristo.

17. Y por si acaso alguien decía que la gracia y la verdad había sido hecha por Moisés, que vio a Dios, añade en seguida: *A Dios nadie lo ha visto.* ¿Cómo conoció entonces Moisés a Dios? Porque el Señor lo reveló a su siervo. ¿Qué Señor? El mismo Cristo que envió por delante a Moisés con la Ley para seguir El después con la gracia y la verdad. *A Dios nadie lo ha visto jamás.* ¿Y cómo se le apareció a aquel siervo en el grado que él podía verlo? *El Hijo Unigénito que está en el seno del Padre. El lo ha contado.* ¿Qué quiere decir *en el seno del Padre?* En lo secreto del Padre. Dios no tiene seno, como nosotros en los vestidos. Tampoco se ha de pensar que sienta como nosotros o que se ciñe de manera que forme pliegues. Lo secreto del Padre se llama su seno, porque nuestro seno es cosa íntima nuestra. El que conoce lo secreto del Padre, lo ha contado.

A Dios nadie lo ha visto nunca. El mismo ha venido y ha contado lo que ha visto. ¿Qué vio Moisés? La nube, el ángel y el fuego; criaturas todas que eran figura de la presencia del Señor, no de la presencia misma. Cuando la Escritura parece decir claramente *que Moisés hablaba con el Señor, cara a cara, como un amigo con otro amigo*, hay que entenderla por lo que sigue, y dice el mismo Moisés: *Si he encontrado gracia en tu presencia, muestrateme, con claridad para que te vea.* Y esto no explica tanto como la misma respuesta que recibió: *Tú no puedes ver mi rostro*¹⁷. El ángel, como embajador del Señor, era quien hablaba con Moisés. Y todo lo que allí obró el ángel era promesa de la gracia y verdad que había de venir. Esto lo saben los que conocen bien la Ley. Y yo lo revelo a su tiempo a vuestra caridad para no callar nada de cuanto el Señor nos descubre.

18. Conviene que sepáis, pues, que todas las apariciones sensibles de Dios no son manifestación de su sustancia. Estas apariciones se ven con los ojos del cuerpo. Y la sustancia de Dios, ¿cómo se ve?

Pregunta al Evangelio: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*¹⁸. Hubo quien dijo, engañado por la ligereza de su corazón, que el Padre era invisible, pero que el Hijo era visible¹⁹. ¿Cómo era visible el Hijo? Por la carne, porque se encarnó. Esto es claro. De los mismos que vieron la carne del Señor, unos creyeron otros lo crucificaron. Y los que creyeron dudaron, cuando lo vieron crucificado. si después de la resurrección no lo tocan, no vuelven a creer en El. Que el Hijo es visible por su carne, esto lo creemos también nosotros y es fe católica. Que el Hijo sea visible antes de su encarnación, como ellos dicen, es una locura y un error grande. Aquellas apariciones corporales fueron visibles por la criatura que figuraba a Dios, sin que la sustancia de Dios se mostrase o revelase. Consideré vuestra Caridad este ligero argumento. La Sabiduría de Dios no se puede ver con los ojos. Si Cristo es la Sabiduría de Dios, la virtud de Dios, el Verbo de Dios, ¿se podrá ver con los ojos del cuerpo, cuando el mismo verbo del hombre no se puede ver?

19. Echad, pues, de vuestros corazones los pensamientos de la carne para estar bajo el influjo de la gracia, para pertenecer al Nuevo Testamento. Por esto se promete la vida eterna en el Nuevo Testamento. Leed el Antiguo Testamento y ved que a aquel pueblo carnal se le mandaba lo mismo que a nosotros. A nosotros se nos manda adorar a un solo Dios. También se nos dice: *No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios*, que es el segundo mandamiento. La observancia del día del sábado es más rígida, entre nosotros, porque se nos manda observarlo espiritualmente. Los judíos lo guardan servilmente, en lujuria y destemplanza.

Mejor harían sus mujeres en tejer lana que en saltar en las terrazas. Lejos de nosotros, hermanos, creer que los judíos guarden el sábado. El cristiano es quien guarda espiritualmente el sábado, absteniéndose de las obras serviles. ¿Qué se entiende por obra servil? El pecado. ¿Cómo lo pruebo? Pregúntaselo al Señor: *Todo el que comete pecado, es siervo del pecado*²⁰. También, pues, a nosotros se nos manda la guarda espiritual del sábado. Todos aquellos preceptos se dirigen más a nosotros y nos obligan también más: No matarás, no fornifarás, no robarás, no dirás falso testimonio, honra al padre y a la madre, no desearás la hacienda de tu prójimo ni su mujer. Todo eso se nos manda también a nosotros. Pero si examinamos el premio, encontramos que a los judíos se les promete la liberación de sus enemigos, la posesión de la tierra que Dios prometió a sus padres. No podían